

ACTOS OFICIALES

RECEPCION DE COLEGIALES EN 1938

El sábado 9 de julio de 1938, a las seis de la tarde, tuvo lugar en el Aula Máxima del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, la recepción solemne de los Colegiales señores: Alfonso M. Barragán, Eliécer Suárez Forero, Flavio Cabrera, Agustín Santacoloma y Héctor J. Becerra, a quienes les fue decretada la Colegiatura el 1° de este mismo mes.

Presidió el acto el Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio, y asistieron los señores Consiliarios Dn. Antonio Gómez Restrepo, Dn. Esteban Jaramillo y Dn. Tomás Rueda Vargas; el señor vicerrector, Dr. Dn. Carlos A. Rodríguez Plata, los Colegiales de número, Dr. Hernando Velásquez, Prefecto del Colegio, Dn. Tomás Lombo, Dn. Luis Euclides Murcia, Dn. Saúl Saavedra Lozano, Dn. Pedro Víctor Angulo y Dn. José Lloreda Camacho, algunos de los catedráticos, los alumnos convictores y un grupo de damas y caballeros.

Rezadas las oraciones reglamentarias, el M. I. Señor Rector hizo leer por el Secretario el acta de la sesión anterior, y designó a los Colegiales Tomás Lombo y Saúl Saavedra para introducir a los beneficiados, quienes prestaron en seguida el juramento acostumbrado, con la recitación previa del Símbolo de Nicea, para hacer, como al efecto lo hicieron, la profesión de fe católica al tenor de lo dispuesto por las Constituciones del Colegio.

El M. I. Señor Rector concedió entonces la palabra al señor Dn. Alfonso M. Barragán, quien pronunció el siguiente discurso:

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Rector. Señores Consiliarios. Respetable Claustro. Señoras, señores:

Una vez más celébrase en este recinto, mil veces venerando, la ceremonia de consagración de colegiales, y una vez más tócale a uno de ellos dirigir la palabra para agradecer la distinción honorífica que en tantos pechos ínclitos brilló, y que por lo mismo abrumba más que deleita a causa de su inmensa y casi legendaria majestad. Pero sucede que el que habla se siente empequeñecido y bien quisiera, como lo

deben desear los compañeros de consagración, haber sido previamente fundido y purificado en el crisol de las grandes hazañas y de las acciones sublimes, para así renovado y limpio de las efímeras flaquezas de la especie, presentarse menos indigno de tan alta distinción; igualmente quisiera manejar una pluma capaz de traducir la emoción que nos embarga en estos momentos. Pero como falto estoy de ello, aceptad, Illmo. señor Rector, señores Consiliarios y demás distinguidos superiores, la expresión sincera de nuestros hondos sentimientos y el homenaje pleno de nuestra profunda y reconocida gratitud.

Porque, señores, ser Colegial de este Claustro es algo agobiador a causa de las ingentes responsabilidades que se contraen por ello ante Dios y ante los hombres. Echad una mirada al pasado, recorred las páginas de la historia colombiana, remontaos hasta la época de la fundación de este Colegio y veréis que todo pecho donde ha latido un corazón noble, generoso, animador de grandes empresas, está escudado por los colores rosaristas, blanco y negro. Rosaristas fueron los que en la Colonia mantuvieron viva la llama sagrada de la ciencia traída de la Península; rosaristas, los que en los albores de la Independencia comunicaron el fuego patriótico que ardía en sus entrañas a todos los ámbitos del continente, y los que en pleno fragor de la lucha regaron con su sangre los campos de la Patria; rosaristas, los que mecieron la cuna de la República, le ayudaron a dar los primeros pasos y núbil ella, ellos la prepararon para producir el fruto que en no lejano día cosecharán y harán acrecentar otros rosaristas.

Y ¿cuál es la razón de que en todos los grandes momentos de la historia patria aparezca el escudo rosarista ora aureolado por los resplandores de la ciencia, ya nimbado por los destellos del patriotismo, o bien decorado con los rayos deslumbrantes de heroicos sacrificios? Es que a todo aquél que lo luce en su pecho parece como si una hada cariñosa le imprimiera un cierto sello que lo hiciera apto para las grandes empresas. ¿Hada he dicho? Me equivoqué, no es hada! Es el espíritu del Fundador que bulle y palpita aún en estos Claustros; es que la formación rosarista modela el alma en tal forma que llega un momento en que vibra y se estremece y se siente gigantesca y poderosa y es capaz de los más heroicas acciones porque lleva en sí el germen de todas las grandezas: el culto de Dios y el culto de la Patria.

Religión y Patria, las dos ideas motores a cuyo empuje se han esculpido las páginas más grandiosas y deslum-

brantes de la historia humana. Religión, disciplina interior, conjunto de principios rectos que encaminan el espíritu y lo guían por la senda del deber, modalidad o norma permanente de obrar, sublimación casi divina de los sentimientos nobles; flecha radiante que señala en Dios el Norte sólo en el cual tendrá sosiego la móvil imantada aguja humana. Religión, razón que se hace sentimiento o sentimiento racional, principio abstracto, modelador y director del obrar que baja del entendimiento al corazón para de aquí inundar arrollando todo el ser humano; fuerza interior potente y dúctil, oscura y luminosa al mismo tiempo que hace concebir las grandes obras no por motivos de mezquino interés y comodidad sino por motivos de más allá, luz indeficiente que al permitir ver lo que son y valorar justamente las coronas de laurel que al ser cortado ya comienza a marchitarse, o las de oro que al salir del crisol ya comienza a opacarse, conduce a dar la preferencia a las inmortales de estrellas, puestas en la altura, cabe el trono de Dios y no sujetas al marchitamiento ni a la opacidad.

Y ¿qué decir de ella desde el punto de vista social? La religión es para la sociedad el más puro y espiritual aglutinante, el vínculo más noble y desinteresado y por lo mismo, el más duradero, el único inmortal, es la fuerza que mantiene unido lo que de otro modo sería dispersado; es ella la que lima lo áspero, limpia lo impuro, eleva lo bajo, ennoblece lo pequeño, colma lo vacío, dulcifica lo amargo, alegra lo triste; por eso los antiguos legisladores, sabios y concedores de la naturaleza humana, pusieron en el pináculo de sus Estados la Religión, no para significar que ésta sea medio o instrumento para asentar y mantener aquél, sino para mostrar que sin ella la sociedad no puede realizar en el hombre su misión.

Pero como si esto no fuera suficiente, el rosarista lleva impreso en el alma, y muy adentro, un amor purísimo dignificado por la Religión: el amor patrio. Y no podría ser de otro modo, pues apenas el adolescente, venido de la lejana provincia traspone los umbrales de esta casa, parece como si el numen de la patria, albergado en estos claustros, lo poseyera y desde ese momento lo hiciera suyo; parece como si desde ese instante las sombras de los grandes que hicieron patria, al mirar al rosarista y al pregonar en su mudez marmórea heroicas hazañas, lo emplazaran ante Dios y ante la patria para que se supere y, si posible, los supere, para que realice las infinitas posibilidades que lleva dentro de sí. Es entonces cuando brota avasallador el sentimiento primario

de patria grande que ya nada ni nadie podrá arrancar y que será el germen de acciones egregias y nobles, sentimiento que cada día irá ganando en profundidad y en claridad, y que ha nacido de la visión panorámica y casi objetiva de aquello de que es capaz el hombre sostenido por una fuerza superior, visión que se realiza teniendo por fondo el paisaje del terruño que trae en la retina, todavía palpitante de emoción, y que unas veces será el nostálgico y brumoso de las altiplanicies, otros el sonoro y brillante de los litorales, o bien el poderoso y lleno de vida de las montañas y los valles.

Pasarán los años, y el adolescente aquél habrá recorrido los campos de las ciencias, quizás habrá terminado una carrera, puede ser que dé el último vistazo a las armas con que ha de batirse cara a cara con la vida y con las cuales ha de vencerla, y es entonces, también, cuando ve cómo aquellos dos fanales, que un día se encendieron con luz viva aunque indecisa todavía en el hogar, más tarde se avivaron al soplo de la ciencia y hoy brillan con luz deslumbradora, serán los que iluminen su camino y serán los que lo guíen a su meta.

Así es el paso del rosarista por su Claustro, y sólo así se explica que en todos los grandes momentos de la historia colombiana luzca el escudo rosarista, y en ello está explicado por qué la distinción que hoy se nos hace nos produce zozobra al pensar que no podemos, siquiera en la medida de nuestras fuerzas, corresponder a ella. Quiera el Cielo ayudarnos a fin de que el juramento que acabamos de hacer no se nos aparte de la mente y sea la estrella que nos guíe a través de toda nuestra vida. He dicho.

En seguida se hizo entrega de las insignias de la Colegiatura a cada uno de los consagrados por los respectivos padrinos, que fueron los siguientes: de Dn. Alfonso M. Barragán, el Dr. Gonzalo Gaitán; de Dn. Agustín Santacoloma, el Dr. Víctor Cock; de Dn. Héctor Julio Becerra, el Dr. Hernán Salamanca; de Dn. Flavio Cabrera, el Dr. Roberto Scarpetta; de Dn. Eliécer Suárez Forero, el Dr. José del Carmen Mesa.

Luégo habló el M. I. señor Rector y discurrió bellamente sobre las excelencias de la Colegiatura.

Se hizo la entrega de los diplomas a cada uno de los nuevos Colegiales, y después de las felicitaciones y abrazos tradicionales, se dio por terminada la sesión.

En constancia de todo lo cual se firma como aparece.

El Rector,

JOSE VICENTE CASTRO SILVA

El Secretario,

VICTOR E. CARO.